

# ESCUCHAR EL DESEO

## 1. Necesidades y deseos: enlace y simbiosis

Quisiera ante todo hablar en favor de una revalorización de la dinámica de las necesidades humanas; se trata, en efecto, de algo reconocido, acogido y correspondido por todos como necesidad inevitable pero mirado con recelo por el educador en razón de la cultura del consumo que parece imponer en todo lugar su lógica comprometiendo no sólo sentido crítico, libertad y afirmación de la individualidad (homologación) sino más aún la misma dinámica del deseo humano, pues en el consumidor se impone *“el deseo de vivir en la realidad las fantasías placenteras de la imaginación y la posibilidad de realizar esa aspiración, vista en cada ‘nuevo’ producto. Pero, como la realidad nunca puede ofrecer los placeres perfectos de la fantasía (o, en todo caso, sólo parcialmente y muy raras veces), cada adquisición se traduce en una verdadera desilusión y esto explica también por qué el deseo se extingue tan pronto. Lo que no se extingue, al contrario, es la esencia de ese afán producido por las fantasías y de aquí nace esa poderosa determinación de hallar siempre nuevos productos que puedan cada vez desempeñar el papel de objeto del deseo”* (C.Campbell). El deseo humano de esta manera se corrompe porque se lo desvía del dato de la realidad replegándolo en la ilusión de lo irreal de tal manera que el deseo habita siempre en otra parte, o sea resulta “alienado”.

¿Peligrosas, entonces, las necesidades, gravadas con esta hipoteca negativa? Sin embargo reconocemos que algo tienen que ver con la dignidad misma de la persona, pues están como fundamento de los así llamados “derechos humanos” mientras que, en ámbito más estrictamente cristiano, son la materia prima (no exclusiva) de aquella ‘caridad’ que vuelve más visible la ‘agape’ de Dios, midiendo, al mismo tiempo, la verdad de nuestra correspondencia, de forma que nadie puede decir de amar a Dios si no da un pan al hambriento y un vestido al desnudo.

Reconciliémonos, pues, con las necesidades y tratemos de mirarlas un poco más de cerca cogiendo sólo algunos aspectos de ellas.

**1.1.** Por lo que se refiere al objeto. Hay que advertir que las necesidades no están orientadas exclusivamente hacia las cosas: existen desde luego necesidades primarias que urgen hacia una inmediata satisfacción de las exigencias vitales, pero existen, y son igualmente urgentes, las necesidades relacionales: da fe de ello el enlace fascinante, en el niño de teta entre alimentación y relación afectiva con la mamá. Y existen también las necesidades de valores que expresan las exigencias de dar y hallar significados en los comportamientos, las experiencias y todo el período de la vida. Se intuye que la necesidad intercepta el deseo, si, por ahora, consideramos valedero el postulado que el deseo se orienta más a las personas que a las cosas. La necesidad, pues, encierra un secreto y una promesa: el asunto es individuar lo que está ‘dentro’ y lo que está ‘más allá’ de la necesidad: tal vez la necesidad encuentra en el objeto de su apetito un ‘don’ a gozar y por el que se debe agradecer. Por algo todas las religiones conocen liturgias de agradecimiento por los frutos de la tierra y, en general, por los bienes que hacen más humana y gozosa la existencia, sin excluir a Israel; el gozo de esos dones es uno de los motivos principales para alabar e invocar, en los salmos y en la literatura sapiencial. De los dones al Donante el paso es fácil, celebrando así, al mismo tiempo, la grandeza de Dios y la del hombre, ambos unidos en la gran alegría por una vida que, manifestándose ‘benéfica’, pone de manifiesto la ‘bendición’ de ese Dios que ‘diciendo bien’ del

hombre hace existir ese bien y llama, al mismo tiempo, a la responsabilidad de custodiarlo, compartirlo y multiplicarlo.

**1.2** Por lo que toca a la libertad. Alguien afirma que la necesidad obedece a lo imprescindible y por lo mismo responde al código de lo previsible, de lo preordenado, casi de lo coactivo; mientras que el deseo, separándose de la simple necesidad, respondería al código de la invención, del sueño, de la novedad inagotable y de la libertad sin fronteras. Pero debemos reconocer que ambos participan de algunos grados de necesidad o, a la inversa, de libertad recíproca. Hasta las necesidades más rígidamente inscritas en el programa genético se abren a una gama de posibilidades que excluyen el mecanicismo de una respuesta única. Si paso hambre advierto claramente la urgencia de nutrición y tiendo a satisfacerla; pero, en situaciones de normalidad, me queda la posibilidad de escoger entre alimentos diversos y en algunos casos hasta puedo acceder a la comida aunque no esté hambriento, quizá para significar una intención como la participación, la amistad, la fiesta; o bien puedo abstenerme de la comida para significar duelo, dolor, ascesis y de esa manera dar cuerpo a valores que pienso importantes para mí o para los demás, en esa circunstancia o en absoluto. Dicho de otra manera, mientras en el animal la necesidad está siempre enlazada con un estado de necesidad concreta e impelente, en el individuo humano ella implica un proyecto y una estrategia que ponen en juego la libertad. Con todo, es verdad que respecto de la necesidad, el deseo parece más libre de condicionamientos impuestos por las necesidades primarias; pero también él debe tener en cuenta los condicionamientos de los influjos ambientales, cuando no sólo despiertan y orientan el deseo, sino que a veces desvían su trayectoria o tienden a ahogarlo, siendo así una amenaza para la libertad y la integridad de la persona. Necesidad y deseo apelan, ambos, a la libertad. Lo cual significa que invocan esa autoformación y esas intervenciones educativas que permiten reconocerlos, describirlos y ordenarlos según una lógica de prioridad cuidando al mismo tiempo las modalidades y la medida de su satisfacción.

**1.3** Por lo que se refiere a la tensión. Se dice que la necesidad tiende al futuro, pues, obedeciendo al instinto de supervivencia, trata de asegurar aquellas condiciones que permiten adelantar un trecho en la vida. La satisfacción del 'hoy' abre a un 'mañana' todavía posible; y así, de trecho en trecho, siguiendo una línea que apunta al porvenir mientras dure la existencia. Por lo que respecta al deseo hay teorías (sobre todo analíticas) que lo suponen dirigido más bien al pasado que al futuro, definiéndolo nostalgia de una beatitud paradisíaca que no existe más: el deseo, pues, sería una ilusión para compensar las frustraciones de la experiencia vivida concretamente, acudiendo a un mito de los orígenes; los deseos echarían raíces en la memoria que despierta nostalgia. Pero ¿de veras es así? ¿De veras se desea lo que se ha perdido o se desea lo que nunca ha sido poseído, pues nuestro origen, propiamente, es falta de ser, deficiencia, límite invencible? "*El deseo no aspira a la vuelta, pues es deseo de un país en el que no hemos nacido*" (Lévinas). La plenitud, o sea, no está en el pasado mítico (creado, acaso, por nuestro mismo deseo) sino en el futuro, aquél en el que nos damos cuenta de que podemos nacer y habitar. Si esto es verdad, el móvil del deseo no debemos buscarlo en una vuelta al pasado sino con una mirada que se dirige al porvenir, sueño y creación de lo nuevo posible. Necesidad y deseo, pues, tienen en común el (enraizamiento en el tiempo, pues quien se mueve hacia el futuro sólo puede hacerlo desde el presente de su anticipación: se desea un nuevo porvenir desde el presente en el que vivimos. Concreción la necesidad y sueño del deseo hallan aquí un punto de encuentro y un vínculo de solidaridad.

**1.4** Por lo que toca a los peligros. Es preciso hacer alusión a ellos pues sería una ingenuidad abandonarse a una apología de las necesidades-deseos casi volviendo a proponer el mito ilustrado del *bon sauvage* para olvidar la fatiga de ser y de construirse como humanos. Verdad es que la sospecha mayor pesa sobre la necesidad entroncada con las pulsiones del instinto que la pueden doblar a satisfacciones devastadoras para la dignidad de la persona, la convivencia y la salvaguardia de la creación. Pero tampoco el deseo es inmune a enfermedades: el deseo centrado en sí mismo lleva al narcisismo extremado; el deseo del yo que persiste en la escisión\_instaura la autocontradicción; el deseo plasmado sobre el de otro lleva a la identificación mimética; el deseo mismo lleva al masoquismo mientras que el deseo en contra del otro lleva al sadismo y a la violencia; el deseo de relación vivido según la primacía del yo se encalla en la posesividad y, si se vive en la subordinación, induce a la entrega y al sacrificio. No es menester describir más ampliamente estas y otras desviaciones, pero la alarma es obligatoria tanto más que vivimos en una cultura que parece exaltar la satisfacción de las necesidades y de los deseos en clave de simple espontaneidad (espontaneismo ético), con la convicción (¿verdadera o instrumental?) de que aquí está la expresión más verdadera y el ejercicio más eficaz de la libertad humana.

**1.5** Enlace, pero también simbiosis. Pues la necesidad exige el deseo, así como el deseo exige la necesidad. Si es verdad que la necesidad es el impulso que busca las condiciones de vida porque es empujado por la necesidad, también es verdad que, en cierta medida, el deseo va más allá de la necesidad: no en el sentido de que la deje atrás sino que se la lleva consigo y la transforma. Podríamos decir que la necesidad está al deseo así como la encarnación a la trascendencia: en el deseo se asumen las necesidades y se las orienta hacia aquel bien que el deseo ha entrevisto, transformándose de esta manera en energías que arrastran a toda la persona hacia ese bien, queriéndolo y persiguiéndolo para que llegue a ser un bien a vivir, pues se reconoce como bien vital. Sin esta “carnalidad” de la necesidad que pone en marcha la voluntad para “*apetecer*” (*adpetere*= tender hacia), el deseo no sería otra cosa sino imagen muda, sueño vacío, peligrosa ilusión. Podríamos decir que la necesidad es el lugar de gestación del deseo; una semilla que hunde las raíces en la carne pero con vistas a crecer y madurar como persona: no hay persona sin esa carne, pero esa carne no es humana si no llega a ser persona. Y aquí entra en funcionamiento el deseo que ofrece a la necesidad la llamada de la trascendencia : menos atada a la pura y simple necesidad, presenta la libertad de opción y la fantasía de la creatividad para descubrir los caminos de la humanización personal, llamando la necesidad a orientarse hacia ‘algo más’, algo ‘distinto’, al ‘más allá’, es decir ofreciendo a la necesidad el sentido y la llamada de lo que ‘nunca llega a ser cumplido’, de lo ‘totalmente otro’, impidiéndole así contentarse, replegarse, satisfacerse en sí misma y por sí misma. Dramática es la situación cuando se rompe esa solidaridad vital, es decir cuando la necesidad se desata de los deseos o cuando los deseos prescinden de la necesidad; es la escisión entre carne y espíritu, con el predominio de una dimensión sobre la otra, pues la necesidad puede fagocitar el deseo humillándolo hasta apagarlo mientras que el deseo puede negar la necesidad empujándola hasta la revuelta; aquí está en juego la tonalidad predominante de la espiritualidad que vivimos y que vamos proponiendo: un amplio espectro entre dos polos extremos, el del espiritualismo ‘desencarnado’ y el del materialismo que niega la trascendencia.

## **2. La dinámica del deseo**

**2.1** La etimología de desiderio es conocida: “*de-siderium*” viene de “*de-sideribus*” de las estrellas”: es decir que el deseo es tensión de la persona hacia algo que la supera, que está arriba, que brilla y por eso le fascina y le atrae. El deseo no nace de abajo, nace de arriba. Por eso no se da por satisfecho con el dato adquirido (aunque sea la satisfacción de una necesidad); por eso interrumpe la continuidad de lo vivido, subvierte el orden establecido y va contra la habitual linealidad de la lógica. No es raro que el deseo se manifieste incluso como algo que disloca el proyecto de vida, o sea la jerarquía de los objetivos, la prioridad de los significados, la armonía interior, hasta llegar a ser una especie de embriaguez (éxtasis) que introduce en otro orden, en el del sueño, en el de la posibilidad inédita, en el del desafío. La fuerza del deseo es revolucionaria; y es quizás por esto que nuestra sociedad intenta controlarlo predisponiendo reclamos y posibilidades que se transforman en caminos obligados y por tanto fácilmente controlables por quien gestiona el poder.

**2.2** Es precisamente esta carga tan intensa la que llega a modificar, incluso, el “objeto” del propio deseo respecto a su dimensión concreta, porque se cargan de valencias simbólicas, de reclamos, de alusiones, de sugerencias, de promesas, o sea de esa excedencia de sentido que no poseen en la realidad; pero es así como vienen cultivados por el deseador, precisamente como provenientes de las estrellas, o sea de una fuente de positividad que excede las normales experiencias y oportunidades; y a veces como algo imprevisto e imprevisible, inmerecido y gratuito, una “gracia” que suscita admiración y aprehensión al mismo tiempo (¿el mismo desear no es percibido, a veces, como un don inmerecido que reaviva la vida?) Podemos, pues, hablar de influjo recíproco: mientras el objeto deseado modifica al sujeto deseador atrayéndolo hacia sí (éste no es ya lo que era hace un momento), es el deseador mismo el que, desplegándose hacia el objeto, lo recrea como si ya lo conociera y lo poseyera; tanto es así que a la fatiga del caminar hacia, se une el disfrute como en un encuentro anticipado. ¿Acaso no es cierto que, a veces, es mayor el goce de la espera que el de la satisfacción? Es una modalidad de conocimiento del todo particular que invierte racionalidad e irracionalidad, corporeidad y espiritualidad, sueño y realidad, un conocimiento que implica todas las dimensiones de la persona, un conocimiento por contaminación recíproca, nos atreveríamos a decir por compenetración, casi el significado que la Biblia atribuye al verbo “conocer” aludiendo a la relación conyugal.

**2.3** Pero hay un tercer elemento que merece atención: este “otro distinto de mí” que intuyo como don y que por tanto me atrae, exige permanecer siempre y de cualquier manera “otro distinto de mí”, precisamente mientras es semejante a mí (de otra manera ni siquiera podría intuirlo y desearlo). O sea, no puede ser simplemente un otro para fagocitar y destruir, sino que debe ser algo o alguien para mantener como otro, de otra manera el deseo se apaga: muere el deseo cuando no existe la distancia entre mí y el otro, esa distancia que hace nacer y alimenta la tensión, que es la energía misma del deseo, su insaciable vitalidad. Esto no significa que no haya objetos del deseo consumibles y para consumir; pero sentimos que éstos satisfacen momentáneamente (y nos damos cuenta que, en realidad, son más objetos de la necesidad que del deseo) e inmediatamente después de la satisfacción vuelven a hacer sentir su falta, o sea reavivan el deseo; es como decir que existe una ilimitada prominencia del deseo respecto a todo lo que la experiencia concreta puede ofrecer en orden a la satisfacción; o también que el deseo, mientras apetece este u otro bien, tiende a algo o a alguien que tiene que ser el todo porque sólo el todo es el irreducible y el inagotable “otro distinto a mí”, el único que puede mantener perennemente vivo el deseo siendo su fuente y culmen. Una impronta de totalidad que no proviene del pasado (el mito al que ya nos hemos referido)

sino sólo del futuro como una tierra prometida en la que fluyen leche y miel, o sea abundancia de vida. El camino del deseo es en verdad el camino del éxodo, gozosa promesa y, al mismo tiempo fatigosa búsqueda.

### **3. La meta y el encuentro**

**3.1** Estas consideraciones nos permiten, ahora, identificar esa luz (estrella) que suscita, atrae y orienta la trayectoria del deseo. ¿Qué existe realmente semejante a mí y, al mismo tiempo, radicalmente diverso de mí y, por tanto, irreductible a mí, que hace que la dinámica del deseo vivifique y dinamice siempre mi vida? No tanto las cosas cuanto el tu personal hacia el cual me prolongo para el encuentro: por consiguiente, no las cosas como objeto sino el otro como sujeto, porque sólo este otro como sujeto es una realidad que no está encerrada en la determinación y por eso resulta inagotable en su misterio; encontrar al otro es, en efecto, hacerse acoger por su misterio mientras se le desvela el propio misterio. Tanto es así que las cosas mismas, objetos de posibles deseos, hacen siempre referencia al yo o al tu, la mayoría de las veces al yo en relación con un tu, de modo que, a menudo, se transforman en lenguaje que revela, mimetiza o esconde el deseo más auténtico y profundo; que nace del vientre de carne de una necesidad universal, si damos crédito a la mayor parte de los antropólogos que la identifican con el incontenible anhelo de ser reconocidos y acogidos, con otras palabras, amados. Es aquí, dicen, donde se encuentran y desde donde vuelven a partir todas las demás necesidades. Podemos decir entonces que también el deseo del otro puede ser considerado punto de partida y de retorno de cualquier otro deseo. Aunque el deseo pueda dirigirse a ideales, valores intelectuales, estéticos, económicos o morales, a situaciones o acontecimientos, su específica intencionalidad, se dirige siempre, en última instancia, a una realidad personal.

**3.2** Recorrido entusiasmante pero también arduo, nunca realizado: aprendemos a desear buscando y encontrando objetos diferentes que, si no se reducen a puro consumo, dilatan e incluso suscitan nuestro deseo, consintiéndonos afinar la conciencia de nuestra vocación y dignidad; el otro también entra en el campo de esta búsqueda, hasta el día en el que no lo deseemos ya por la positividad que pueda ofrecernos, sino que lo deseemos en cuanto otro, deseemos el deseo del otro; ciertamente cuando se encuentra con nuestro mismo deseo, pero también cuando lo supera, o lo modifica e, incluso, lo contradice, porque amar es siempre hacer sitio al otro creando un vacío acogedor que puede propiciar una redefinición de los propios deseos, o también la renuncia parcial. Y esto es debido a que cuando llego a disfrutar del amor no cuenta sólo aquello que me viene dado, sino que cuenta todavía más quién es el que me lo da. Claro, seguimos deseando ser reconocidos, apreciados, amados pero no ya, o no siempre, según la lógica de la posesión, o sea de la reducción del otro a nosotros mismos no se trata de conquista sino de encuentro, sino según la lógica de la gratuidad, sobre todo si no se pone el amor del otro como condición preliminar para poderlo amar; y es aquí donde el desear humano encuentra la forma más alta de libertad, esa que consiente superar obstáculos, frustraciones, esperanzas, e incluso vivir el amor en la ausencia; es aquí donde libertad y amor tienden a hacerse unidad, verdadera imagen y semejanza de Dios. Y esto no quita nada a la espontaneidad del amor, porque espontáneo aquí no quiere decir salvaje, sino auténticamente libre. El amor es un largo viaje, y es siempre una esperanza, cada gesto de amor se convierte en un encuentro aplazado.

**3.3** ¿Eco de un infinito? Porque el otro es infinito pero sólo en un sentido, y no solamente por la limitación de cada persona en cuanto criatura, sino también porque mi desear intercepta el deseo del otro, o sea su libertad, que puede abrirse o cerrarse,

corresponder o rechazar, liberar o esclavizar; la ambigüedad del otro es mi misma ambigüedad; y esto es lo que puede hacer que el amor degenera cuando, en razón de la ansiedad subyacente, salta la tendencia a asegurarme siempre y de cualquier manera la disponibilidad de los demás al reconocimiento, quizás negando su libertad y reduciéndolo, por tanto, a objeto de lo que no es ya un deseo sino una necesidad camuflada de deseo. Es quizás por esto que, en la expresión más auténtica e intensa de los deseos, los deseadores advierten que verdad, gratuidad, totalidad, infinito y eternidad pueden llegar sólo de un Tercer Deseador, un Otro que, infinitamente, los pueda tranquilizar y satisfacer en cuanto fuente, guardián, educador y garante del desear humano: amar, entonces, no es sólo acoger el misterio del otro sino habitar, juntos, el misterio del Invisible.

#### **4. Necesidad y deseo de Dios**

**4.1** Que exista una necesidad de Dios al menos como Ente trascendente que de algún modo tiene que ver con el destino del mundo y la suerte del hombre, una Alteridad (personal o no) a la que aferrarse en situaciones de dolor inconsolable pero también de felicidad incontrolable, parece ser una experiencia ampliamente, (alguien ha dicho: universalmente) demostrada. Es un signo de autoconsciencia advertir que la aceptación del límite no describe plena y definitivamente la dignidad humana ni que las adquisiciones positivas (sean personales o históricas) pueden aquietar el hambre de ser; como si *“el hombre superase al hombre”*, dicho con palabras de Pascal; de manera que, dicho esta vez con palabras de Maritain, *“nada es tan humano como el hecho de que el hombre desee naturalmente cosas imposibles a su naturaleza”*; por consiguiente, no por defecto de lo que necesita, el hombre es estructuralmente esperanza e invocación, sino más bien por el exceso de su mismo deseo. De aquí el gozoso descubrimiento de Agustín cuando reconocía *“que nos has hecho para Ti, oh Señor”*, de tal modo que la inquietud del corazón no se satisface si el deseo no llega a la que es su Desembocadura natural, no desde luego para extinguirse sino para renacer en el deseo del Deseador.

**4.2** Es verdad que este impulso, amplia y ambiguamente religioso, tiende hacia un Dios poderoso y de este modo hace nacer lo sagrado, proyección humana que da una respuesta distorsionada a una necesidad vital de la persona. A menudo, se trata de un sagrado idolátrico porque la sustancia del ídolo es precisamente el poder. Y la necesidad, decíamos, es escuchada e interpretada, no es minusvalorada o reprimida, porque ésta habla siempre de la vida, está dispuesta por lo tanto a abrirse a las razones de la vida, a los valores, a los bienes que constituyen el auténtico valor de nuestra vida.

**4.3** ¿Es posible que la necesidad de Dios se transforme en deseo de Dios? Es una metamorfosis posible y tiene lugar — unas veces de repente, otras muy lentamente — cuando lo importante llega a ser, ya no tanto la realización de un fin y la satisfacción autorreferencial, cuanto *“el encuentro con esa realidad absoluta a la que, ya en la necesidad, se siente pertenecer. Como un niño adoptado o abandonado que nunca ha conocido a sus verdaderos padres, el ser humano busca el origen del que proviene y que, de alguna manera, lleva indeleble en sí mismo, esperando de esta revelación esa verdad que da sentido a su ser en el mundo. Y la necesidad de Dios no se satisface llenándola de cualquier manera o con cualquier creencia. Si lo hace, ésta ha sido ya desautorizada por la ansiedad. La necesidad de Dios, siempre que no sea falsificada, mantiene la naturaleza de un hambre que, sin embargo, no apunta ya a rellenar un vacío, como sucede cuando me falta la comida, sino más bien a disfrutar de una*

*relación permanente. Una relación que no se puede extinguir y metabolizar como si fuera un objeto para asimilar, porque la necesidad misma pide esta vez que la realidad buscada viva de manera absoluta, ya que es buscada como el origen, la esencia y el futuro de la vida misma. Así la necesidad de Dios, si no es alterada y coaccionada, genera en sí misma el deseo de Dios porque es la misma necesidad la que quiere reconocer a su verdadero interlocutor y acepta reconocimiento sólo de éste. Se despierta entonces el deseo como una tensión que comprende y trasciende la necesidad misma” (R. Mancini).*

**4.4** Camino no fácil ni siquiera éste porque a menudo desorientado por la frustración de la lejanía, del silencio, de la ausencia de este Tu personal; y la ansiedad está siempre al acecho para someter el deseo a los ídolos poderosos que parecen, en ese momento, tranquilizar y proteger al tiempo que prometen lo que no pueden mantener. Pero es posible también que tales dificultades introduzcan en una hospitalidad todavía más libre y en una confianza aún más amplia de tal modo que la experiencia del desierto no es ya la prueba de una ilusión, sino una invitación: ¡no te limites a buscar, déjate más bien buscar (encontrar)! Y si se avanza hacia el vértice de la experiencia no ya sólo religiosa sino de fe, cuando nuestro deseo, probado y por eso purificado y afinado, se da cuenta de que es deseado, siente que está y vive en el deseo que Dios muestra por nosotros: adora y se entrega.

## **5. Líneas educativas**

Permítanme terminar esta introducción al Congreso indicando algunas líneas educativas, limitándome a simples y fugaces sugerencias, ayudado en ello por la sugestión de las imágenes. No particulares desarrollos, ni interesantes ejemplificaciones; sólo algunas pistas que pueden orientar nuestra búsqueda de estos días, reavivando aquella pasión educativa que nos une en el signo de don Bosco. Tomadlas por eso como indicaciones de posibles caminos, tal vez añadiéndoles vuestra personal experiencia.

### **5.1 Educar a la interioridad**

**5.1.1** El camino de la superficialidad a la interioridad es paralelo al que va de las necesidades a los deseos. Y el impulso cultural va cada día más hacia la superficialidad. Entre los muchos aspectos de esta cultura, elijo uno que considero extremadamente grave para nuestros jóvenes, y es el de la cultura de la imagen. Si el lema de los años 70 era “ser o tener” (Fromm), y el de los años 90 “vivir, no sobrevivir” (bienestar para todos); hoy el lema que impera es “aparecer o desaparecer”: si no apareces no eres. Es la subjetividad disuelta en la imagen. Baste pensar en nuestros muchachos (pero también en nosotros adultos): el miedo de la soledad, del silencio, del no reconocimiento, de las opiniones de los demás, de la confrontación cada vez más despiadada. La más decidida auto-referencia se combina con la más eficaz homologación. ¿Una constatación? El yo que se disuelve en mensajes SMS, el yo que es asoma, pero sin revelarse nunca del todo, sin comprometerse en la relación ni consigo mismo ni con los otros; he aquí el miedo a la relación verdadera, directa, responsable, comprometida y duradera; atracción y repulsión al mismo tiempo: es el drama del adolescente; de ahí una soledad que no es la soledad esencial, sino el venenoso fruto del aislamiento, con el inevitable abandono en la con-fusión; es el yo que desaparece en la indistinción. El hombre de la imagen pierde la imagen del hombre. De aquí la necesidad urgente de educar la interioridad, partiendo de la educación al gusto de la propia interioridad. Los caminos para ello son muchos (tan rica, compleja y, en parte,

misteriosa es nuestra interioridad) y el educador se compromete en ella, comprometiendo a sus jóvenes en la reflexión, en el auto-análisis, en la confrontación (comparación).

**5.1.2** A mí me parece, sin embargo, que hay un camino bastante descuidado, y es el de hacer hablar a los deseos: los jóvenes no saben ya expresar sus deseos, tal vez, porque no saben ya reconocerlos en la confusión interior que tienen dentro de sí; y es una incapacidad que indica que se está encerrando en la peor jaula de soledad, ya que la peor de todas es de ser extraños a sí mismos. Es necesario, pues, devolverles un lenguaje adecuado para ayudarlos a dar voz al deseo. Pienso en Don Bosco: los sueños que contaba, las visiones que transmitía, las recitaciones espontáneas, las composiciones de circunstancia, las representaciones del teatro: eran otras tantas maneras de sugerir a sus muchachos el lenguaje de los deseos, de los sueños, de los vastos horizontes, de los grandes valores, de las perspectivas excitantes. Pero era sobre todo “contando” los propios deseos como Don Bosco, suscitaba y educaba los de sus jóvenes: es el educador que tiene el valor de mostrarse y de narrarse, ofreciéndose así como pared rocosa sobre la que puede hallar eco la débil voz del deseo juvenil.

## **5.2 Educar a la insatisfacción radical**

**5.2.1.** Se trata de una insatisfacción radical, no de la insatisfacción por este o por aquel bien no conseguido o no plenamente gozado, no la frustración por este o aquel no plenamente alcanzado o lamentablemente fallido; es algo más, es el no contentarse nunca, y no sólo de lo que se tiene, sino de lo que se es; es el impulso hacia la auto-trascendencia que empuja la libertad hacia caminando de deseo en deseo hasta encontrar el deseo mismo de Dios, El que es la vida, la libertad, el amor, la promesa y el cumplimiento. El reclinarsse del deseo sobre la necesidad embota este impulso, vulgariza la vida, despoja la persona de su misma grandeza y dignidad. Educar a la insatisfacción no significa denigrar los bienes de la tierra ni prescindir de las exigencias concretas y muchas veces duras que la vida impone; quiere decir, más bien, no contentarse nunca de lo dado, de lo recibido, soñar siempre un “más allá” que, a la vez atrae hacia sí, da sabor también a aquello que se tiene, a lo que se es, a lo que se conquista, a lo que se vive, a lo que se sueña. Lo infinito no es nunca antagonista de lo finito, si acaso lo comprende y lo realiza precisamente elevándolo más allá de sí mismo hacia la plenitud de la que es símbolo y llamada. La educación a una cierta “calidad de vida” halla aquí su razón y su promesa.

**5.2.2.** Y aquí entra en juego la pedagogía de la inquietud: sobre el plano de la racionalidad significa provocar a los jóvenes a ir más allá de las frases hechas, de los lugares comunes, de los estereotipos culturales para dar razón de las propias ideas; en el plano de la afectividad significa mirar a la cara a las emociones y sentimientos para verificar si llegan a lo que de más verdadero y profundo se agita en el corazón del hombre; en el plano ético significa valorar orientaciones, opciones y comportamientos proyectándolos en el horizonte de los valores ya adquiridos y de aquellos que, progresivamente, se asoman a la autoconciencia.

**5.2.3** Una pedagogía de la inquietud que debe ir unida a una pedagogía de la consolación, en el sentido etimológico de la palabra, es decir, el de “comunicar fuerza”, ya que es desequilibrante de la inquietud y puede suscitar defensas e invitar a peligrosas fugas. Es el educador el que comunica fuerza, ¿pero como? Creando las condiciones para que se pueda experimentar la alegría. Hay diferencia, de hecho, entre la

satisfacción y el disfrute, uno mira más a las necesidades y el otro más a los deseos. Y pienso en Don Bosco y en su “ejercicio de la buena muerte”: si vamos más allá de los esquemas teológicos y del lenguaje catequístico del Siglo XIX hallamos una intuición formidable: evocar la inquietud radical de lo infinito, y al mismo tiempo, activar la fiesta como exaltación de vida sobre la promesa del Dios de la vida, y es simpático que Don Bosco, en aquella ocasión, no descuidase tampoco la necesidad, tanto que el desayuno de los muchachos era más abundante y sabroso en el día dedicado al ejercicio de la buena muerte.

### **5.3 Educar a la relación de amistad**

**5.3.1** Este es el principal desafío para los educadores, porque hemos visto cómo el deseo impele, por su naturaleza, al encuentro con el otro, ya sea como simple conocimiento, camaradería, amistad, relación de amor o elección de vida para una dedicación a los hermanos. Y cuánto insistía Don Bosco sobre el valor de la amistad, de los muchachos entre sí y de los jóvenes en relación con los educadores, es casi inútil recordarlo; pero insistía también en la necesidad de crear las condiciones para que floreciesen verdaderas, profundas y duraderas; y es el tema de aquel ambiente que llamaba ‘amabilidad’ (amorevolezza), o sea aquel etilo de relación que debía abrir los corazones consintiendo el abrirse del misterio de uno al misterio del otro.

**5.3.2** Pero no debemos olvidar que Don Bosco educaba nos sólo a “querer bien” o a “quererse bien” apuntaba también, y sobre todo, a “querer el bien” del otro sustrayendo así el amor, que en edad juvenil está tan cargado de emotividad, a la indeterminación romántica o al peligroso replegarse narcisista que, negando la alegría de la gratuidad, se traduce en aquella tristeza que asume el rostro de la turbación o del tedio, dispersión una y parálisis el otro, del espíritu. En otras palabras Don Bosco ponía en acción a sus muchachos haciéndoles experimentar la alegría del servir el bien del otro como el propio bien, creando no sólo un lazo seguro de solidaridad, sino haciendo gustar una comunión en el bien que es comunión con Dios mismo. No es extraño entonces que florecieran en el oratorio vocaciones que se dedicaban a Dios Sumo Bien, dedicándose al bien de los hermanos, especialmente de los jóvenes, hallando el propio bien personal en esta gratuidad de la donación concretada en el servicio educativo, misionero, caritativo o social. Pero también aquí es el educador el que entra en juego, porque el “arte de amar” no es fácil; no lo es para nadie, pero menos para aquellos sujetos frágiles que son los adolescentes y los jóvenes. El educador que, más que declamar las palabras del amor (porque existe una retórica del amor que no convence ya a ninguno), lo hace gesto humilde, presencia cotidiana, servicio desinteresado, atención a todos y a cada uno y aquella cordialidad que es constante invitación al diálogo y promesa de una relación verdadera. Lo recuerda la Carta de 1884 desde Roma, casi el testamento pedagógico de Don Bosco a sus hijos.

### **5.4 Educar a la invocación**

**5.4.1** Aquí entra el tema de la oración. Que es, ante todo, un momento de toma de conciencia de los deseos subjetivos. Y es justo que en la oración todos los deseos hallen acogida y posibilidad de expresión. Es verdad que, a veces, los deseos que habitan dentro de nosotros están en contraste con los valores en los cuales creemos. O bien se trata de deseos que expresan un excesivo apego a nosotros mismos, a intereses demasiado subjetivos, que corren el peligro de tomar el primer puesto en nuestra vida, orientándonos hacia los ídolos. Pues bien, la oración, si es verdadera, es el lugar en el que debe emerger esta realidad compleja y negativa, es el momento del reconocimiento

en la profundidad del yo. A este punto se está en grado de descubrir el deseo de Dios, evitando confundirlo con el propio deseo, porque la oración es, fundamentalmente, respuesta a un Dios que habla. He aquí la experiencia de la no coincidencia entre la expectativa y la respuesta, entre la gracia invocada y el vacío que le sucede. Es la experiencia del intermedio, espacio del silencio y de la ausencia de Dios, un Dios que no se deja hallar donde le hemos dado cita, un Dios que huye al sutil chantaje del orante que quiere y pretende ser escuchado. La oración incluye de manera esencial esta pausa preciosa y sagrada en el cual nuestros viejos deseos no vienen acogidos y nosotros nos vemos obligados a preguntarnos por su significado. Y también se hace difícil aceptar que Dios no nos oiga, nos provoca a purificar nuestra fe, nuestra idea de él, a verificar la poquedad e inconsistencia de nuestras peticiones, incluso de aquellas que nos son más queridas, si las confrontamos con su palabra y su promesa (*Dios no satisface todos nuestros deseos, pero satisface todas sus promesas*) nos recuerda D. Bohoeffter). El tiempo de la pausa es tiempo de la expectativa y del misterio; y el sentido de la expectativa y del misterio son componentes fundamentales de la auténtica oración, y por tanto, de la auténtica experiencia de Dios.

**5.4.2** El tiempo sucesivo a la desestructuración es también el tiempo de la reestructuración, tiempo en que se reconstruye la propia fe. En este tiempo la oración interviene para transformar los deseos, aquellos especialmente que antes habían sido descubiertos como paganos o aberrantes. Es lo que Andrés Godin llama la “torsión” de los deseos. No es anulación ni pérdida de su identidad; se trata más bien de orientar el deseo hacia su origen, origen que debería ser claro tras la fase de excavación. La mirada vuela al origen, es decir a Dios como fuente del desear humano, hace inevitable saltar la medida simplemente humana de nuestras aspiraciones y abrirlas de par en par al espacio ilimitado del desear divino. Si la excavación mira hacia el origen y la raíz de desear humo, la torsión dirige la atención hacia el cumplimiento del desear divino, como algo que está ya depositado en nuestra naturaleza y en nuestra historia, el fondo mismo de nuestra naturaleza y de nuestra historia. La torsión, en otras palabras, dirige el deseo humano hacia su objetivo natural que está constituido por Dios y por lo que Dios desea para el hombre. Torsión que no deja de hallar y procurar resistencia, o que tiene que contar con el miedo, porque todo esto le parece al hombre imposible y demasiado exigente. No basta una operación cerebral, ni emocional o voluntarista; es sólo en la oración donde podemos abrirnos a esta realidad diversa, impensada e impensable, que, sin embargo, es nuestro verdadero bien; porque la oración, en este punto, es sobre todo acción de Dios en nosotros, es amor transformante que elimina los miedos, infunde la fuerza de afrontar el riesgo supremo, el de desear con el corazón mismo de Dios. Se está ya en el Espíritu, se respira ya el Espíritu, no se desea más que el Espíritu, no se pide más que el Espíritu, no se espera más que el Espíritu! Los deseos, entonces, se transforman en “aspiraciones” en el sentido más genuino y rico del término: absorber la respiración de otro, o sea aspirar el Espíritu (el término hebraico, en efecto para decir “espíritu” significa “soplo”, “respiración”), dejarse compenetrar por el Espíritu de Dios, que es el Deseo del Deseante y del Deseado, el Vínculo de amor entre el Padre y el Hijo; y es esta la verdadera “espiritualidad”, es decir, cuando nos dejamos penetrar por el Espíritu Santo, de tal modo que nuestros deseos se hacen uno con los deseos de Dios. Y es aquello a lo que Don Bosco llevó a algunos de sus jóvenes, si pensamos en Domingo Savio, y no sólo, pues es muy nutrido el número de la santidad juvenil, para nuestro consuelo, pero también para nuestro estímulo.

## 5.5 Educar a la eclesialidad

**5.5.1** Y esto porque el deseo se nutre de imágenes mientras engendra él mismo imágenes; es verdad que el deseo crea un lenguaje del todo personal, pero sobre un léxico y una gramática que le vienen dados. En otras palabras, nuestros deseos (como todas las dimensiones que constituyen nuestra humanidad) para hallar expresión se dirigen a la cultura de ambiente; donde cultura significa lo que se aprende por contacto directo, experiencia compartida, comunicación prolongada más allá del aprendizaje y acumulación de erudición. Infinitas son las figuras del deseo, pero ciertamente llevan la huella de la comunidad que nos ha engendrado, nos acompaña y nos plasma. Ahora bien, para reconocer los deseos de Dios es necesario aprender el lenguaje de Dios, el lenguaje tomado de la comunidad de fe a la que se pertenece, una herencia que no se recibe pasivamente, sino a la que se participa enriqueciéndola y, en parte, modificándola mientras, al alargarse los anillos de la cadena, se transmite a otros.

**5.5.2.** Don Bosco lo había comprendido profundamente cuando ofrecía a sus oratorianos la experiencia de grupos juveniles, o sea formas de iglesia a la medida de los muchachos, la de sensibilidad, capacidad y creatividad. Para introducirlos así, poco a poco, en los grandes lenguajes de la Divina Palabra, de la ritualidad sacramental, de la historia eclesial, de la práctica caritativa y del compromiso apostólico, en una palabra, en la vida de la comunidad creyente no como espectadores, sino como protagonistas. Y esto nos confiere a los educadores la responsabilidad de vivir con ellos esta aventura, no como quienes tienden a capturar o quienes se arrogan una sabiduría ya adquirida o inician a una práctica consolidada, sino como aquellos que hacen camino con los jóvenes, narrando su fe, pero en la medida de su experiencia, con la paciencia que, al mismo tiempo, sabe esperar y estimular, sobre todo con aquel querer bien manifestado que tranquiliza, porque la aventura de la fe es riesgo: solamente bajo la mirada de uno que ama la fe puede crecer y madurar. Así sabía hacer don Bosco!

### Conclusión

Permítanme concluir con una sencilla fábula hebrea:

*Un joven entró como aprendiz en la fragua de un herrero. Aprendió a manejar las tenazas, a levantar el martillo, a golpear el yunque y a alimentar el fuego con el fuelle. Cuando hubo terminado su aprendizaje, fue elegido para un puesto en la fragua del palacio real. Pero la felicidad del joven terminó muy pronto, cuando se dio cuenta que no había aprendido a hacer saltar la chispa para encender el fuego. Todos sus conocimientos y sus habilidades en el manejo de los instrumentos no le servían para nada.*

Hagamos saltar la chispa del deseo; sería inútil proporcionarle tantos instrumentos para la vida si no le enseñamos cómo hay que hacer brotar la luz en aquella oscura fragua que es su interioridad.

Y, tal vez, nunca oiremos decir “Queremos (deseamos) ver a Jesús”, si no tenemos la inteligencia y la paciencia de educar el deseo. Aquí educación y evangelización hallan uno de los puntos de encuentro más decisivos. Es aquí donde, más que en ninguna otra parte, resulta verdadero el dicho.

*Roma -Pisana, Enero 21 de 2010*

*Don Giannantonio Bonato*